

Volumen XXIII

Agosto 1.º de 1928

Número 227

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR

de
Nuestra Señora del Rosario

**Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura**



Nova et vetera

BOGOTÁ

IMP. DE «LA LUZ» — CARRERA 7.ª, NÚM. 590.

MCMXXVIII

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Agosto 1.º de 1928

CONTENIDO

La obra poética de Belisario Peña..... MARCO A. CAJIAO, S. J.
Elegía.—A Colombia (Poesías). BELISARIO PEÑA.
Educación americana..... LUIS MARIA MORA.
La oficina y el hogar..... ISABEL JORDÁN.
Oración gratulatoria..... C. A. LLERAS ACOSTA.
San Agustín, su vida y su labor. R. M. CARRASQUILLA

La obra poética de Belisario Peña (1)

Al presentar la obra de don Belisario Peña, no podemos menos de lamentar el que manos inexpertas hayan tenido que acometer empresa tan superior a nuestras fuerzas, arrebatando de esta suerte el derecho a tantos y tan entendidos en literatura con que cuenta la fecunda tierra colombiana. Pero al ver que los años pasaban, y no sólo no veía la luz pública la obra del más clásico de nuestros bardes, sino que ya aun su memoria parecía irse borrando entre nosotros, tuvimos la osadía, a fuer de aficionados a las letras y de celosos por nuestras glorias literarias, de hacer la publicación de esta obra, que será sin duda muy apreciada por los estimadores de la verdadera poesía clásica, cuyo mejor representante en la América española es el vate zipaquireño.

Para ver cumplidos nuestros viejos anhelos, el camino se nos ha allanado. Aprobados nuestros deseos por los superiores, nos dirigimos al señor don Eduardo Riofrío Peña, digno nieto del poeta, a fin de proponerle nuestros intentos; y él, con la gentileza que lo caracteriza, se dignó contestarnos en los siguientes términos: «..... Valga la presente para saludarlo de una

(1) Prólogo a la edición de sus poesías selectas, coleccionadas por el P. Marco Antonio Cajiao, S. J.

manera cordial, agradeciéndole a la vez la generosa oferta de su amistad, que me honra en alto grado.

«La carta que, con fecha 15 de octubre del presente año, ha tenido la bondad de dirigirme, me ha llenado del mayor orgullo, pues los bondadosos conceptos que en ella emite respecto a la memoria de mi adorado abuelo, y del valor de sus composiciones poéticas, constituyen un verdadero timbre para los que de él venimos, especialmente para el nieto, a quien dedicó estrofas llenas de ternura y sentimiento. Como lo manifiesta usted, la desaparición del eminente filólogo don Rufino José Cuervo ha sido en gran parte la causa para que las composiciones de Peña no lleguen a divulgarse, no solo en la patria colombiana, sino en el mundo literario todo, dejando que el tiempo transcurra sin que haya aparecido tan sólo la edición hecha por el señor González Suárez, quien a grandes instancias consiguió de mis tios, los hijos del poeta, le fueran confiados los originales, que les habían sido devueltos a la muerte del señor Cuervo. El señor Manuel María Pólit, actual arzobispo de ésta, publicó espontáneamente una edición de las composiciones a la Inmaculada, de la cual tengo el gusto de poner en sus manos un ejemplar; así mismo le he remitido dos ejemplares de la edición del señor González Suárez.

«Respecto al deseo de usted, de que lo autoricemos para hacer allí, en la patria de mi abuelo, una nueva edición, debo manifestarle que mi reconocimiento es profundo para con usted (como lo es el de los hijos del poeta, a quienes he tomado consentimiento) por ser usted quien quiere honrar la memoria de nuestro adorado padre, y me han autorizado a contestarle confiándole todas las licencias, junto con su cordial agradecimiento.

«Muy honrada estará la edición en referencia, pre-

sentada por un ilustre hijo de la Compañía de Jesús; y espero que se llevará a cabo merced a su bondad. Me permito manifestarle de mi parte que estoy muy listo a prestar la cooperación que usted juzgare necesaria, puesto que se trata de la realización de uno de mis ardientes anhelos.

«Espero, en breve, ser favorecido con sus letras, permitiéndome ahora presentarle mis más respetuosos saludos, junto con mis votos por su feliz conservación.

«De usted atento y obsecuente servidor y amigo,

«J. Eduardo Riofrío Peña».

Solo la bondad pudo llevar al señor Riofrío a tributarnos elogios tan inmerecidos de parte nuestra. Por esa gran benevolencia y por las facilidades que nos ha proporcionado para llevar a feliz término nuestros fervientes deseos, vayan para él—no menos que para los hijos del poeta—nuestros más sinceros agradecimientos.

* * *

Es, a nuestro parecer (repligiendo aquí los conceptos emitidos en la carta del señor Riofrío), don Belisario Peña el poeta más clásico y de más profundo sentimiento elegíaco que posee el rico parnaso de Colombia; y, sin embargo, su merecida fama no ha salvado aún las fronteras de nuestra tierra y del Ecuador, patria adoptiva del poeta; y lo que pone más admiración es que, en Colombia, en donde a sus bardos ilustres se les han tributado los honores merecidos, coleccionando cuando menos sus producciones poéticas, aún no se hayan recogido las del señor Peña, siendo así que ya muchos años han rodado sobre la veneranda tumba del vate místico.

Si la muerte no se hubiese apresurado a arrebatarnos del escenario de las letras al eminente filólogo don Ru-

fino J. Cuervo, las poesías del señor Peña hoy serían tan conocidas y leídas como lo son las de nuestros mejores poetas, y su fama y renombre irían de día en día agigantándose, no sólo en la América, sino en todo el mundo literato; mas desgraciadamente, con la muerte del gran lexicólogo quedó frustrada, entre otras obras importantes, la publicación que el señor Cuervo iba a hacer de las poesías de nuestro cantor. Y a no dudarlo que la mano maestra de aquel sabio y artista nos habría trazado el más fiel y acabado retrato de su amigo tan amado.

Vio nacer a don Belisario Peña el cielo de Zipaquirá, en el año de 1836, y después de principados sus estudios de segunda enseñanza bajo la dirección de los jesuitas, en el Colegio de San Bartolomé, de Bogotá (1), se puso en marcha al Ecuador, en donde vivió la mayor parte de su edificante vida, dirigiendo varios colegios y dando rienda a su sentida inspiración, que le dictaba versos de la más profunda melancolía, sobre todo cuando, al morir las románticas tardes ecuatoriales, desde los altos riscos del Pichincha contemplaba, a través del prisma de sus lágrimas, las azules lontananzas que lo separaban de su bella tierra colombiana. Y aunque después de algún tiempo regresó a su patria, en donde se le recibió con entusiasmo y júbilo, sin embargo pronto tuvo que abandonarla, para no volverla a ver jamás.

La capital del Ecuador tuvo la gloria de recibir en su seno los despojos mortales del gran poeta.

Tres géneros de poesía cultivó con mucho mérito el señor Peña: el patriótico, el religioso y el elegíaco;

(1) El señor Peña terminó sus estudios en Kingston (Jamaica) a donde siguió a los jesuitas desterrados de Colombia.

pero—a nuestra manera de ver—en ninguno como en este último ostentó sus cualidades de verdadero artista; si bien, por sus composiciones religiosas que guardan aroma de incienso y olor de nardo evangélico, al decir de nuestro mejor crítico, Peña es el vate místico por excelencia.

Lejos de todo bullicio social, entregado a la paz de la vida íntima del hogar, sin que el huracán de la política turbase el límpido cristal de su alma, dotado por otra parte de exquisito sentimiento y delicadeza; cada ausencia y cada adiós que daba a los que en la vida había amado, correspondía en su alma a un mundo de armonías lúgubres tan sinceras que le hacían confidenciar con el ausente con candor y ternura, al modo como lo hacen los párvulos de diez años al contemplar a la madre muerta, en medio de la luz amarillenta de los cirios.

.... Si estuvieras aquí, cómo te hablara
con íntimo cariño!....

Qué te dijera yo?... qué?... me embargara
llorando y riendo cual lo hiciera un niño!

A nuestro sentir, la espontaneidad de afectos y sentimientos es lo que más ennoblece y realza el mérito de las más de sus elegías. Pero el señor Peña era muy amigo de trabajar y pulimentar mucho sus obras, y atendía quizás con nimia escrupulosidad a la forma de sus versos, y no a la forma de cualquier modo, sino a la de los clásicos antiguos a lo fray Luis, en cuya escuela vigorizó su numen poético; lo cual hace en muchas ocasiones que decaiga y desmerezca mucho la cualidad de que hablamos: la espontaneidad. El señor Peña tenía grande celo por la forma del verso; por eso en algunas composiciones inéditas que conocimos de él, en que con el transcurso de los años quiso pulir y dar algunos retoques a sus estrofas, se ve que, a no dudarlo,

valen más las que salieron de primera mano y al impulso de los primeros sentimientos que no aquellas que fueron remozadas, pasado ya el tiempo del dolor causado por las heridas que dejaron en su pecho las ausencias. Porque es muy cierto que el tiempo es el mejor medicamento de nuestras penas.

Si nos diesen a elegir de entre las elegías del señor Peña dos que satisficiesen nuestro gusto, escogeríamos como joyas de inmenso valor la que dedicó a la memoria de Francisco O. Barrera, y la no menos bella que compuso a su adorado nieto Eduardo Riofrío Peña. Muy hermosa nos parece también la elegía a la muerte del doctor Julio Benigno Enríquez; y aunque no creemos que adolezca de falta de inspiración y espontaneidad, como juzga el señor González Suárez (respetamos, sin embargo, su autoridad), sí es cierto que el continuo razonamiento del poeta vuelve un tanto pesada su lectura, ya que por otra parte es de suyo larga esta composición.

Hay una nota en todas las Elegías que las embellece y que revela a la vez la fe íntima del poeta en los eternos consuelos: es la esperanza cierta de volverse a unir con los ausentes en el piélago insondable de las fruiciones eternas. Con este pensamiento mitiga y consuela sus hondos pesares; y así, al dirigir el adiós postrero con que remata su delicada poesía al doctor Julio B. Enríquez, la cortedad del plazo que habrá de tenerlo separado del amigo viene a ser lenitivo a su dolor; porque, «habré de verte», le dice.

«Siempre, siempre, jamás sin que temamos
de ingrato olvido la segunda muerte.
Raye por fin el día, brille la hora
de mi noche de penas redentora»; . . .

Tal vez el intenso e igual pesar que conmovía las fibras de su alma en horas de dolor, hizo que el poeta en varias de sus composiciones elegíacas repitiese también parecidos sentimientos; en lo cual han querido descubrir algunos con nimia escrupulosidad y al través del microscopio, una sombra leve que opaca el limpio raudal poético del señor Peña. Nosotros no alcanzamos a distinguir esas sombras; y al contrario, si leemos despacio y comparamos unas elegías con otras, hallamos que, aunque el motivo de los pesares que conmovían el corazón del poeta es uno mismo—uno por tanto el argumento—sin embargo las lúgubres vibraciones de la lira en iguales ideas tienen mayor o menor intensidad, un mismo dolor en distintas ocasiones va revestido de un colorido más o menos tenue que lo caracteriza y diferencia. En esto encontramos nosotros un motivo más para alabar el arte del cantor.

*
*
*

Pocos son los versos patrióticos que escribió don Belisario; pero esos son de gran valor artístico. Es admirable que aquella alma en donde habían asentado su trono los más tiernos y delicados sentimientos, en donde parecían retratarse la tranquilidad serena del cielo, las melancolías de la tarde, el dolor de los cipreses que cobijan las tumbas, hubiese encerrado también patrióticos arrebatos, que le hicieron arrancar a su lira sonos valientes y encendidos en amor patrio sólo comparables a los que salieron del laúd de Julio Arboleda y de José E. Caro.

Cuando el partido anticatólico representado en Mosquera, el prototipo antirreligioso, desconociendo las instituciones y derechos de los colombianos, pisoteó todo lo más sagrado para nuestro pueblo, dejándolo convertido en un campo de sangre y de miseria; y cuando en

medio de aquella tiránica persecución, caía vilmente asesinado en las selvas de Berruecos el más valiente de nuestros soldados, gloria de nuestra milicia y de nuestra poesía, el general Julio Arboleda, el que hizo temblar al enemigo desde la alta tribuna no menos que en el campo de batalla; el señor Peña, que todo lo contemplaba lejos de su ensangrentada patria, levantó su voz de trueno en aquella bellísima Oda *A mi Patria*, en que recuerda tristemente los días de su infancia: «en la Patria mía», dice,

«en cuyo dulce seno
apacible pasó, pasó sereno
de mi niñez feliz el puro día....

Y al ver que, en medio de la desenfrenada persecución de los que se predicán defensores de la libertad,

...hombres impíos,
para ejemplo no visto,
fueron a los santuarios do se asila,
en las esposas cándidas de Cristo,
lejos del mundo la virtud tranquila....;

al contemplar que centenares de ciudadanos leales a sus principios religiosos salían del suelo natal para mendigar el pan del destierro, mientras quedaba la patria reducida a espantosa carnicería: exclama, con este apóstrofe sublimemente triste, con que convida a los cuervos a que caigan sobre la desdichada nación:

«Venid, cuervos hambrientos, ya está pronto
el banquete de sangre, apresuráos
al rojo campo de la muerte impío;
para todos habrá; venid saciáos».

Pero uno de los trozos más sublimes de esta composición es el que recuerda el crimen perpetrado en las

selvas de Berruecos, contra el noble caballero, adalid de la causa católica, don Julio Arboleda:

...Otros por tí la sangre generosa
vertieron en la lid; y algunos hubo
ilustres granadinos
que muerte recibieron alevosa
de pérfidos cobardes asesinos.
De éstos, en pobre túmulo encerrado,
sin nombre ni inscripción, yace ¡oh vergüenza!
el cantor de Gonzalo y de Pubenza.
Allí la patria Musa, dada al lloro,
del cuello arranca las brillantes galas,
vela la faz con los cabellos de oro,
y recogidas las lucientes alas,
la voz negando al numeroso metro,
depone el lauro y despedaza el cetro;
—y allí la fama justiciera grita:
«Postrar pudisteis su robusta diestra,
su gloria no; murió cual muere el hombre,
mas para afrenta vuestra,
borradlo si podeis, queda su nombre».
En la montaña lóbrega y sombría,
que amparara el horrendo fratricidio
está fresca la sangre todavía;
y de noche, a la tóbida vislumbre,
que, denegrida nube atravesando
da de la luna la rojiza lumbre,
tienden en formas mil, confusas, mobles,
como fantasmas y hórridos espectros,
medrosas sombras los ancianos robles,
y doquier ve asustada fantasía
monstruos y abismos que la noche cría.
Súbito el huracán ruge iracundo
en rocas y cavernas;
se estremece el relámpago, y el trueno
ronco retumba sacudiendo el mundo
en sus bases eternas;

entre el fragor de horrendo torbellino
de Dios suena el acento soberano,
no lo oyes, asesino?
«Caín, Caín! en dónde está tu hermano?»

Años más tarde, la nación del norte, ante la faz del mundo, rasgando el manto sagrado de nuestra Patria, «hurtó a Colombia su mejor estrella», a Colombia, cuyo decoro y dignidad no le consintieron vender un pedazo del caro suelo.

«Ella al infame castigar no pudo;
sobre las playas que el Caribe azota,
recogió los pedazos del escudo,
y sin doblar un punto la rodilla,
mostró su veste, ensangrentada y rota,
pero limpia de fango y de mancilla» (1).

Este hecho que no pudo dejar limpias las páginas de la historia de aquella nación, mientras Colombia quedaba ensangrentada sí, pero digna en medio de su dolor, hizo romper de coraje el corazón del ya anciano poeta, cuyas manos temblorosas arrancaron a su lira el valiente canto patriótico *A Colombia*, capaz de enardecer el pecho más indiferente:

«Madre Colombia, en potro de tormento
contigo puesto estoy...;»

poesía esta que, fechada en 1903, fue el último canto patriótico de nuestro poeta.

*
* * *

El señor Peña fue un cristiano convencido, y sintió profundas emociones al pensar en los goces ultraterre-

(1) De la Epopeya del Cóndor, del eminente poeta santandereano, Aurelio Martínez Mutis.

nos; por eso su lira religiosa, esa lira que nunca vibró sino

«para ceñir a la virtud de flores,
«para vestir a la verdad de galas...»

dejó escuchar los más dulces y sentidos acentos, sobre todo en loor de la Madre de Dios, a cuyas plantas, con la fe y el corazón de niño, se postraba para elevar fervientes súplicas.

«.....María,
amor de mi niñez, luz de mis ojos,
única madre mía,
permíte que a tus plantas hoy de hinojos
rompa el amor filial, si tanto alcanza,
el silencio a mi voz en tu alabanza».

Sin un verdadero amor de hijo no se comprende en nuestro vate místico tanta y tan digna alabanza a María, al prototipo de toda humana belleza.

Muchas composiciones compuso el señor Peña en loor de la Virgen, y todas dignas de su laúd clásico. Puesto de preferencia, sin embargo, reclama el canto *A MARÍA*, que comienza:

«Penas del corazón, duro quebranto...»

¡Cómo fluye en esta poesía el raudal de afectos que hacía tiempos vivían aprisionados por el dolor y las penas en el pecho del cantor! La muerte había visitado varias veces el hogar del señor Peña, dejando trémulas y vacilantes sus manos para volver a pulsar la lira; y ese mundo de tristes emociones y recuerdos al fin se desbordó para buscar alivio, que sólo supo encontrarlo en la que él llamaba «única Madre mía», Madre de Dios y de los hombres: María. Canta sus alabanzas y, no pudiendo reprimir la pena, le recuerda la muerte del hijo querido, que enlutó su hogar y le robó toda su alegría:

«El fue mi bien, el oro de mis bienes,
y tú me lo arrancaste en esa amarga
noche de mi dolor oscura y larga».

Toda esta composición, trabajada con el corazón, y por lo mismo de encantadora naturalidad, rica en expresiones escogidas, cadenciosa y triste, es un bello ejemplar de poesía lírico-religiosa que en su tesoro poético nos legó don Belisario Peña.

Viene luégo el «Canto a la Concepción Inmaculada de María», canto cuya lectura asombra al pensar cómo pudo el poeta revestir de tanta poesía un argumento de tan subida teología. En efecto, no contento nuestro cantor con la contemplación de una Inmaculada del pintor sevillano, cuyo pincel llegó a divinizar el arte, como águila prisionera, rompe las ataduras del pensamiento y se encumbra a las celestes esferas; y allí, con mirada escrutadora, penetra en el arcano de la Teología. Por eso este «Canto a la Concepción Inmaculada de María», es un concienzudo estudio teológico, en cuyas bellas estrofas están condensadas, como dice el señor González Suárez, las claras, doctas y sencillas páginas de «La Madre de Dios», del jesuíta Terrien.

Cuando escribía el señor Peña este canto de singular belleza, dedicado a la Inmaculada Concepción, ya su astro refulgente iba apagándose, y las sombras del mundo iban creciendo más y más a sus pupilas:

«Ya el mundo se me enturbia: lumbre flaca
da a mis ojos el sol que reverbera,
y entre la niebla, que me envuelve, opaca,
la Eternidad, llamándome, no espera...»

Pero el señor Peña, cuya obra poética estuvo siempre libre del fango de las cosas terrenas, pues tan sólo cuatro estrofas que se titulan «El festín» son de asunto amatorio y apasionado, quiso morir pulsando sus últi-

mos cantares en honor de la Madre de Dios. La Eternidad le llamaba; ya su laúd vibraba «ronco», «insonoro»:

«Voy ya!... Mas el laúd ronco, insonoro
solaz de mi destierro y dulce amigo,
a cobrar melodía y cuerdas de oro,
estrecho al corazón irá conmigo.
Irá a la Patria, do se limpia el llanto,
que le empaña el marfil. — Ya raya el día.
Sea el asunto de su eterno canto
tu Inmaculada Concepción, María».

Y fue su último canto en loor de María; pues el prodigio obrado por La Dolorosa del Colegio de los jesuitas (1), en Quito, le dio argumento para la última delicadísima plegaria, que empieza:

Vuélve otra vez, María,
Los maternales ojos....

*
* *

La vida de nuestro eximio poeta se deslizó tranquila, sin que nada extraño turbase la paz de su alma. Sólo el dolor, en que se acrisolan los espíritus, vino varias veces a herir su delicado corazón. De ahí aquel tinte de dulce melancolía que embellece sus estrofas, y ese continuo sollozar por la verdadera patria en donde le aguardaban las prendas de su corazón. Y como fue tranquila y serena su existencia, la muerte le encontró cantando sus últimas trovas al amor de sus amores: la Virgen María.

(1) La devota imagen de la Dolorosa que hoy se venera en la capilla de los jesuitas en el colegio de Quito, colocada antes en el comedor de los alumnos de dicho colegio, abrió y cerró los ojos varias veces y por largo tiempo en presencia de los colegiales y de varios Padres de la comunidad.

Lugar sería éste de hacer un estudio detenido de cada una de las poesías religiosas del señor Peña, como su «Oda a San Luis Gonzaga», «El Templo» y otras de rara inspiración, si no nos impidiese el temor de cansar a los lectores con este ya largo prefacio de mal surcidos renglones, con que quisimos tan sólo presentar, siquiera sea superficialmente, la magnífica figura de nuestro gran poeta clásico.

Al presentar a la luz pública la obra del señor Peña, quisiéramos, con sus cantos de genuina cepa castellana, poner dique a ese remolino de versos sin poesía que ahora andan tan en boga y que todo el mundo se cree con derecho a hacerlos y publicarlos en revistas y periódicos. Desgraciadamente poco conseguiremos; pues el gusto está tan estragado, y tan pervertido el concepto de la verdadera belleza, que se desechan como pasados de moda, los versos que no halagan las bajas pasiones con argumentos frívolos, contrarios a la moral cristiana.

Quédanos al menos la honda satisfacción de haber cumplido con un deber de patriotismo y de justicia al poner en manos de los aficionados a las letras en Colombia, las poesías selectas del más clásico de nuestros bardos, cuyos cantares místicos no desdeña la literatura española y los coloca al lado de los arrobos de Juan de la Cruz y del dulcísimo cantor de «Noche serena».

Es Colombia la tierra privilegiada del arte. Su literatura es tan larga y antigua como nuestra historia. Meuester es mantener siempre alto su nombre en el mundo de las letras!

Volvamos la vista al pasado, al cielo donde esplenden nuestras glorias literarias, y emulemos sus altos ejemplos. Bebamos nuestra inspiración en donde bebie-

ron su inspiración nuestros mejores bardos; tengamos siempre abierto el libro de la naturaleza y arranquemos al laúd de nuestros sentimientos himnos de gloria al Autor de la creación, a la religión sacrosanta, a la patria y al sano amor!..... También el poeta puede con el són de su lira laborar en pro de la regeneración de las sociedades y de la raza, de la unión de los espíritus y de los nobles ideales!

Que el canto de nuestros artistas siga siendo la exteriorización directa del alma noble, del alma grande del pueblo de Colombia!

MARCO ANTONIO CAJIAO, S. J.

Bogotá, junio 1.º de 1928.

